

ONFRAY, M. *Cosmos. Una ontología materialista*, traducción de Alcira Bixio, Buenos Aires, Paidós, 2016, 496 pp.

Michel Onfray es uno de los filósofos franceses más fecundos y controvertidos de la actualidad. Entre otras cosas, es famoso por defender un tajante ateísmo y abogar por un materialismo hedonista. Sin embargo, una de las principales razones por las que Onfray se encuentra en la primera línea del pensamiento francés, es por su forma peculiar de hacer filosofía.

Efectivamente, los volúmenes de su *Contrahistoria de la filosofía* o su *Antimanual de Filosofía*, constatan, incluso en los mismos prefijos de los títulos, la naturaleza disidente de sus reflexiones. Este ánimo heterodoxo lo hará alejarse de la seriedad oficialista de la filosofía predominante en la academia, y lo acercará a modos alternativos de hacer filosofía. Uno de estos modos será la creación de la *Universidad Popular de Caen*, espacio público y abierto que tiene el objetivo de promover el acceso libre, gratuito e indiscriminado del conocimiento.

En uno de los seminarios impartidos en esta singular universidad en el 2016, y al cual tuvimos la oportunidad de asistir, Onfray desmenuzaba amenamente a la audiencia repleta entonces de personas mayores, su más reciente libro titulado *Cosmos*.

Cosmos es el primero de una trilogía que Onfray ha llamado *Breve enciclopedia del mundo*. Este ambicioso proyecto busca compendiar la esencia de su pensamiento que ha sido diseminada en más de 80 libros. *Cosmos*, tal como su subtítulo delata, es el lugar donde el filósofo desarrolla una ontología de

corte materialista; el segundo volumen es titulado *Decadencia* (publicado en la versión castellana en 2018) y es donde expone su filosofía de la historia; el tercer volumen, llamado *Sabiduría* (aún por aparecer), será donde consagrará su filosofía práctica.

Cosmos es un libro de 496 páginas en la edición castellana, estructurado en cinco partes con cinco capítulos cada una. Su estilo no atiende, naturalmente, los cánones académicos, sino que además de utilizar razonamientos filosóficos, va hilando sus argumentaciones con ayuda de historias personales, algunas metáforas enológicas y botánicas, muchas anécdotas de la historia de la filosofía, varios poemas y hasta algunos *haikus*.

Si tuviésemos que definir su estilo, diríamos que es transversal e interdisciplinario, sin soslayar los convenientes e inconvenientes a los que está expuesto un trabajo así de heterodoxo.

En la primera parte de su libro, titulada “El tiempo. Una forma a priori de lo vivo”, Michel Onfray exhorta a que recuperemos la temporalidad virgiliana, aquella que obedecía al ritmo de la naturaleza y a los movimientos de las estaciones. El olvido de esta temporalidad, nos dice el francés, ha sido a favor del imperio contemporáneo del instante, el cual elimina el pasado y el futuro, y se vuelve causa y consecuencia del nihilismo. Considera que una consecución de instantes muertos no podría producir una dinámica viva, por lo que es necesario partir en busca del tiempo perdido a la manera de Proust.

La segunda parte es titulada “La vida. La fuerza de la fuerza” y es donde Onfray, con un explícito vitalismo

nietzscheano, aborda su concepción de la Naturaleza. Aquí defiende que la voluntad de poder es el concepto ontológico capaz de explicar la Totalidad. Asimismo, reflexiona sobre las estructuras e interacciones de los distintos reinos naturales y critica la percepción antropomórfica de ellos. Onfray insiste en cesar de calificar de buena o mala a la Naturaleza, pues esta se abre paso por encima de estas categorías. Además, considera necesario recordar que los humanos no *están* en la naturaleza, sino que *son* naturaleza, por lo que incita a conocer las leyes de lo vivo que habitan en nosotros y poner la cultura al servicio de la vida.

“El animal. Un alter ego desemejante” es el nombre de la tercera parte que el filósofo dedica a analizar las relaciones de los animales con la humanidad. Sostiene que no hay diferencia de naturaleza entre los hombres y los demás animales, sino que solo existe una diferencia de grados. Asimismo, culpabiliza a la tradición judeocristiana de haber instaurado el antropocentrismo que otorga legitimidad divina a los humanos para poder someter toda la naturaleza a sus pies. Además, reprocha al judeocristianismo de haber creado una *zoología alegórica* convirtiendo a los animales de carne y hueso en simples metáforas; también le recrimina el haber creado una separación valorativa entre animales buenos como la paloma, el pez o la oveja y animales malos como la serpiente, el lobo o el zorro.

En este mismo apartado, Onfray hace un repaso a otros argumentos a favor del antropocentrismo, tales como la supuesta incapacidad de los animales para hablar o razonar. Estas dos habilidades presumidamente humanas serán

criticadas por el filósofo y reivindicará las capacidades comunicativas, intelectivas y sensibles de los animales. De igual modo, examinará el extremo opuesto representado en el *antiespecismo*, icónicamente enarbolado por Peter Singer. Onfray irá en contra de este y defenderá una diferenciación por grados. El pensador francés abogará por tratar a los animales como *alter ego desemejantes* y recriminará cualquier acción que inflija sufrimiento a un ser vivo. Para finalizar el apartado, hará unas consideraciones con respecto al veganismo y la tauromaquia.

En la cuarta parte, titulada “El cosmos. Una ética del universo arrugado”, Onfray continúa su crítica al cristianismo, recriminando a la patrística haber alejado al humano del cuerpo y del mundo. De la misma manera, culpa a las religiones del Libro de haber asfixiado la vida bajo palabras, historias, parábolas, y páginas, haciendo que el humano dejara de mirar las estrellas y el cielo. “El Libro monoteísta se interpuso como una pantalla entre la naturaleza y los hombres”. El filósofo francés propone recuperar el cosmos pagano y hace un repaso de los principales elementos de los cultos solares. Además, reprocha una especie de desnaturalización secular donde la industrialización, las tecnologías digitales y lo virtual despojan al humano de su materialidad, someten a la naturaleza y la destruyen. Finalmente, Onfray invitará a acercarnos a las filosofías de Epicuro y Lucrecio para encontrar una reconciliación con el mundo.

En la última parte del libro, titulada “Lo sublime. La experiencia de la vastedad”, el autor abordará desde su ontología materialista la relación estética

que tiene el humano con la infinitud del cosmos. Desdeñará el arte que cosifica lo percibido, que se aleja de lo representado, y propondrá un contacto a la poesía japonesa de los *haikus*, los cuales considera que aprehenden y se sumergen verdaderamente en la naturaleza. Posteriormente, Onfray relacionará algunas manifestaciones del arte con elementos de la cultura judeocristiana. Criticará aquellas expresiones artísticas que, al igual que el judeocristianismo, buscan por medio de la mortificación corporal alcanzar la redención estética. Onfray encontrará en el Accionismo Vienés, en el *body art*, en el arte minimalista y conceptual, y en algunas *performances*, elementos cargados de simbología cristiana. De todos ellos criticará el desprecio subyacente hacia el cuerpo y la pulsión de muerte que anhela lo etéreo.

En este mismo apartado, Onfray defenderá una estética que no se escinda del mundo, sino que se instale en él. Por ello reconocerá, en los retratos de Arcimboldo, ese tipo de arte inmanente y natural. “El cosmos arciboldesco no es una idea sino la realidad de un universo material y materialista”.

Asimismo, identificará en el *Land Art* una estética que es afín a su ontología. Onfray asegura que una de las bondades del *Land Art* es el hecho de que obliga a las personas que quieren contemplarlo a escalar montañas, a descender valles, a penetrar en los desiertos y a reencontrarse con la naturaleza. Además, considera que los artistas del *Land Art* deben interactuar directamente con la naturaleza, deben saber hablar

su lenguaje, conocerla y poder construir con ella una expresión genuinamente sublime del arte. Por último, el filósofo francés aplicará esta misma lógica materialista al arte musical. Para él, la música en la prehistoria, aquella que utilizaba instrumentos contruidos enteramente con elementos de la naturaleza y armados sagazmente para poder obtener de esta los sonidos deseados, representaba perfectamente la unión artística y armoniosa de estar en el mundo. Hacer música en aquella época era ajustarse a los diferentes sonidos de la naturaleza; cosa contraria a la música en el cristianismo, que buscaba alejarnos del mundo para hacernos entrar en el universo de la divinidad. Onfray reprochará algunos de los intentos de la Iglesia medieval de someter la música a la regla de la monodía gregoriana, de disociarla de la festividad del mundo y de perseguir toda expresión viva de la danza. Finalmente elogiará a la música popular y celebrativa que logra hacer que el humano baile y se recuente con sus propios cuerpos.

Así termina el libro en el que Michel Onfray construye su ontología materialista. Sin duda, este escritor, pese a las críticas que pudiera suscitar en la academia más formalista, es uno de los pensadores franceses más originales del momento. Su filosofía es incisiva e intempestiva, sacude e interpela a los lectores. Si se quiere hacer filosofía alternativa y crítica, es necesario tenerlo como referencia.

José Luis ESPARZA ESPERICUETA
Universidad de Salamanca